

nos echar la vista al rededor, nos detiene al borde del abismo!

Este mismo hombre es el que también dijo: "Tres grados de elevación del polo trastornan toda la jurisprudencia. Una meridiana decide de la verdad, ó de unos pocos años de posesión." "Las leyes fundamentales padecen mutación, y el derecho tiene sus épocas: extravagante justicia es la que está limitada por un río ó por una montaña! Lo que es un verdado ó la parte de acá de los Pirineos, es un error á la otra parte de ellos."

Seguramente el mas atrevido pensador de este siglo y el escritor mas determinado á generalizar las ideas para trastornar el mundo, no han dicho una cosa mas fuerte contra la justicia de los gobiernos y contra las preocupaciones de las naciones.

Todos los insultos que hemos prodigado por filosofía á la naturaleza humana, se han secado, ya mas y menos, de los escritos de Pascal. Pero desuadando de la miseria humana á este genio extraordinario, no hemos sabido, á imitación suya, comprender la sabiduría de aquella. Bossuet en su *Historia universal* y en su *Política sacada de la Santa Escritura*, y Fenelon en su *Telémaco*, han dicho todo lo esencial acerca de los gobiernos. El mismo Montesquieu no hizo por lo comun sino aclarar los principios del obispo de Meaux, como se ha notado excelentemente. Se podrían formar volúmenes enteros de todos los pasajes favorables á la libertad y al amor de la patria, que se hallan en los autores del siglo XVII.

¿Y qué cosa se ha dejado de intentar en este siglo? La igualdad de pesos y medidas, la abolición de las costumbres provinciales, la reforma del código civil y criminal, la repartición igual de los impuestos; todos estos proyectos de que tanto nos jactamos, han sido ya propuestos, examinados y aun ejecutados cuando las ventajas de la reforma han parecido equilibrar los inconvenientes. No ha intentado Bossuet unir la Iglesia romana con la protestante? Cuando se reflexiona que Bagnoli, Le Maître, Arnault, Nicole y Pascal se habían dedicado á la educación de la juventud, se podrá dudar que esta educación sea mas bella y mas sabia en nuestros días. Los mejores libros clásicos que tenemos son los de Puerto-Réal, que no cesamos de repetir, ocultando comunmente nuestros plagios, en todas nuestras obras elementales.

Queda reducida, pues, nuestra superioridad á un corto número de progresos en los estudios naturales; progresos que pertenecen al curso del tiempo, y no compensan, ni con mucho, la pérdida de la imaginación que debe ser su consecuencia. El pensamiento es siempre un mismo en todos los siglos, aunque esté acompañado mas

particularmente ó de las artes ó de las ciencias: en las primeras es donde manifiesta aquel toda su grandeza poética y toda su hermosura moral.

Pero se dirá tal vez, que si el siglo de Luis XIV concibió las ideas liberales, ¿por qué no hizo de ellas el mismo uso que nosotros? Seguramente no nos vanagloriamos de nuestra ceguera. La vista de Pascal, Bossuet y Fenelon alcanzó mucho mas que la nuestra, y sin embargo de penetrar mucho mejor que nosotros la naturaleza de las cosas, conocieron el peligro que habia en las innovaciones. Aun cuando no publicaran sus obras las ideas filosóficas que tenían en todos los asuntos, ¿se podrá creer que no hubiesen hecho impresion en estos grandes hombres los abusos que han cundido por todas partes, ni que tampoco habian conocido lo débil y lo fuerte de los negocios humanos? A la verdad que es así; pero tenían presente el principio de que *no se debe hacer un mal pequeño aunque de él resulte un bien grande;* y con mas razón, por causa de unos sistemas cuyo resultado es casi siempre terrible. No era ciertamente dicho conociendo tambien el vicio de las leyes en el sentido absoluto, desde en el sentido relativo: "Que bien han hecho en distinguir á los hombres por las cualidades exteriores! ¿Quién de nosotros dos pasará? ¿quién cederá su lugar al otro? ¿el menos hábil? Pero yo soy tan hábil como él: será preciso reñir por esto. El tiene cuatro lacayos y yo no tengo mas que uno; esto es claro, no se necesita mas que contar á mi me toca ceder, y soy un necio si lo disputo."

Este solo rasgo equivale á volúmenes enteros de sofismas. El autor de los *Pensamientos*, citándose á los cuatro lacayos, es un filósofo muy diferente de los demás pensadores, trastornados con esta sencilla comparación.

En una palabra, el siglo de Luis XIV fué pacífico, no porque se lo ocultase tal ó tal cosa, sino porque viéndola la penetraba hasta el fondo; porque consideraba todos sus aspectos y conocía todos los peligros. Si no se sumergió en las ideas del día, es porque fué superior á ellas; tomamos su poder por su debilidad; su secreto y el nuestro se encierran enteramente en este pensamiento de Pascal:

"Tienen las ciencias dos extremos que se tocan: el primero es la pura ignorancia natural en que se hallan todos los hombres cuando nacen, el segundo es al que llegan las almas grandes, que después de haber recorrido todo cuanto pueden saber los hombres, llegan á conocer que no saben nada, y entran de nuevo en

1 Barbarismo que la filosofía tomó de los ingleses. (Cómo es posible que nuestro prodigioso amor de la patria vaya siempre á buscar sus palabras á un diccionario extranjero?)

2 Hist. de Puerto-Réal.

"aquella misma ignorancia de donde han salido; mas esta es una sabia ignorancia que se reconoce. Los que han salido de la ignorancia natural y no han podido arribar á la otra, tienen alguna intintra de esta ciencia suficiente y precioso de entendidos; abortan al mundo y piensan peor que todos los demás. El pueblo y los hábiles componen ordinariamente el tren del mundo; los demás hombres los desprecian y son despreciados de ellos.

No podemos menos de hacer aquí una triste reflexión sobre nosotros mismos. Pascal habia comprendido dar al público la obra de la cual solo publicamos una parte muy corta. ¿Qué obra tan apreciable sería la que saliese de las manos de tal maestro? Si Dios no le permitiera ejecutar su designio, sería tal vez porque no conviene adular ciertas dadas acerca de la fe y porque quede materia á las tentaciones y pruebas que purifican á los santos y á los mártires.



## LIBRO TERCERO.

### HISTORIA.

#### CAPITULO I.

##### SOBRE EL MODO DE ESCRIBIR LA HISTORIA DEL CRISTIANISMO.

Si el cristianismo ocasionó tantos progresos á las ideas filosóficas, debe necesariamente ser favorable al genio de la historia, por cuanto esta no es mas que una rama de la filosofía moral y política. Cualquiera que desprecie las sublimes nociones que nos da la religion de la naturaleza, y de su autor, se priva voluntariamente de un fienduro recurso de imágenes y pensamientos.

En efecto, el que medite por mucho tiempo los designios de la Providencia, conocerá mejor á los hombres, y el que llegue á penetrar los artificios de la sabiduría divina, podrá descubrir mejor la sabiduría del hombre. Los designios de los reyes, las abominaciones de las ciudades, los iudicios y tortuosos caminos de la política, la alteración de los corazones por el hilo secreto de las pasiones, las inquietudes que se apoderan á veces de los pueblos, las transmutaciones del poder del rey al vasallo, del noble al plebeyo, del rico al pobre; todos estos resortes os serán incomprendibles, si no asistís, por decirlo así, al consejo del Altísimo, con los diversos espíritus de fuerza, prudencia, flaqueza y error, que suele enviar á las naciones que quiere salvar ó perder.

Pongamos, pues, la eternidad en el fondo de la historia de los tiempos, y dirijámoslo todo á

Dios como causa universal. Pondrése cuanto se quiera al que descubriendo los secretos de nuestros corazones, hace salir los sucesos mas grandes de los conductos mas miserables; empero un Dios atento á los reinos de los hombres y la impiedad, ó por mejor decir, la ausencia de las virtudes morales, siendo la razon inmediata de las desgracias de los pueblos, constituyen en nuestro tiempo una base histórica mucho mas noble y cierta que la primera.

Para dar de ello ejemplo en nuestra revolucion, que nos digan si sus causas ordinarias las que en el curso de algunos años desnaturalizaron todos nuestros afectos y extinguieron entre nosotros aquella sencillez y magnificencia que eran peculiar al corazón del hombre. Habiéndose retirado del medio del pueblo al espíritu divino, no quedó fuerza sino en la culpa original, que recorrió en imperio, como en tiempo de Cain y su raza. Cualquiera que quiera ser arreglado, sentís en sí mismo una especie de impotencia del bien; cualquiera que alargaba una mano pacífica, la veía repentinamente secarse; la bandera roja tremolaba en los muros de todas las ciudades; se declaraba la guerra á las naciones, y entonces se cumplieron las palabras del profeta: *Los huesos de los reyes de Judá, los de los sacerdotes y los de los habitantes de Jerusalem serán arrojados fuera de sus sepulchros.* Las instituciones antiguas se borran de la memoria, y siendo culpables en las esperanzas, nada se funda para la posteridad. Los sepulchros y los niños son igualmente profanados. En esta descendencia de vida que nos fué transmitida por nuestros antepasados y que debemos prolongar mas allá de nosotros, no se posee mas que el tiempo presente; y consagrándose cada uno á su propia corporación, como un sacerdote abominable, vive como si nada le hubiera precedido ni le debiera seguir.

Pero mientras que devoraba interiormente á la Francia el espíritu de perdición, el espíritu de vida la defendía por de fuera. No se ve en ella prudencia ni grandeza sino sobre sus fronteras; por adentro todo está abatido, pero en el exterior todo es triunfo. Ya no está la patria en sus hogares, sino en un campo sobre el Rin, como en tiempo de la raza de Meroveo: parece verse el pueblo judío echado de la tierra de Gessen, y domando las naciones bárbaras en el desierto.

¿Quién podrá hallar en los sucesos humanos una igual combinación de cosas? Solamente el escritor religioso puede descubrir aquí un profundo consejo del Altísimo: si las potencias coligadas no hubieran intentado otra cosa que hacer cesar las violencias de la revolucion y dejar después á la Francia reparar sus males y errores, tal vez hubieran acertado. Pero Dios vió la iniquidad de las cortes, y dijo al soldado extranjero:

1 Jeremías, cap. 8, v. 1.

1 Véase la nota 26 al fin de la obra.

"Yo romperé la espada en tu mano, y no destruirás el pueblo de san Luis."

De este modo la religión conduce á la explicación de los hechos mas incomprensibles de la historia. Además, se nota en el nombre de Dios algo de magnífico que sirve para dar al estilo un cierto énfasis maravilloso, de modo que el escritor mas religioso es casi siempre el mas elocuente. Sin religion se puede tener espíritu, pero es difícil tener genio. Añadamos á esto que en el historiador de buena fe no percibe un tono, puede llamarse gusto de hombre honrado, que nos pone en disposición de creer lo que nos cuenta; y por el contrario, se desconfía del historiador sofista, porque representando casi siempre la sociedad bajo un aspecto odioso, nos inclina á mirarle como un perverso engañador.

### CAPÍTULO II.

CAUSAS GENERALES QUE HAN IMPEDIDO Á LOS MODERNOS ESCRIBIR CON ACERTO LA HISTORIA.—PRIMERA PARTE: BELLEZAS DE LOS ANTONIOS ANTIGOS.

Aquí se presenta una objeción: si el cristianismo es favorable al genio de la historia, ¿por qué los modernos son comunmente inferiores á los antiguos en este profundo é importante ramo de las letras?

Por decentado, el hecho que supone esta objeción no es rigurosamente cierto, porque uno de los mejores monumentos históricos que se conservan entre los hombres, el *Discurso sobre la historia universal*, ha sido dictado por el espíritu del cristianismo. Pero prescindiendo de esta obra por un momento, las causas de nuestra inferioridad en la historia, caso de haberla, merecen ser indagadas.

Estas son de dos especies, unas que miran á la historia y otras al historiador.

Los griegos y los romanos han presentado dos grandes cuadros que el mundo no ha podido reproducir. Los primeros, sobre todo, han sido notables por la grandeza de los hombres, y los segundos por la grandeza de las cosas. Roma y Atenas, sacadas del estado de la naturaleza para llegar al último grado de civilización, recorren toda la escala de las virtudes y vicios, de la ignorancia y de las artes. Se ve crecer al hombre y su pensamiento; al principio es niño, después se halla combatido de las pasiones de la juventud; posteriormente es fuerte y sabio en su edad madura, y finalmente, queda débil y corrompido en su vejez. El estado sigue al hombre, pasando del gobierno real ó paternal al gobierno republicano, y cayendo en el despotismo en la edad decrepita.

Aunque los pueblos modernos presenten, como luego diremos, algunas épocas interesantes, algunos reinos famosos, algunos cuadros brillan-

tes y algunas acciones heroicas, con todo, es preciso convenir en que no presentan al historiador aquel conjunto de cosas ni aquel misterio de lecciones que hacen de la historia antigua un todo completo y una pintura perfecta. Se han comenzado por el primer paso ni se han formado por grados, sino que se han trasportado de repente desde el fondo de los bosques y desde el estado salvaje al medio de las ciudades y estado civil: no son mas que unas tiernas ramas ingeridas en un tronco viejo. Así todo es tinieblas en su origen, y se notan en ellos á un mismo tiempo los mas grandes vicios y las mas grandes virtudes, una grosera ignorancia y rasgos de luz, unas nociones vagas de justicia y de gobierno, y unas nociones vagas de costumbres y lenguaje: estos pueblos no han pasado por el estado en que las buenas costumbres forman las leyes, ni por el otro en que las buenas leyes forman las costumbres.

Cuando estas naciones vienen á sentarse de nuevo sobre los escombros del mundo antiguo, detiene al historiador otro fenómeno: todo parece repentinamente arreglado, todo toma un aspecto uniforme; monarquías por todas partes, repúblicas pequeñas que se mudan por sí mismas en principados, ó que absorben los reinos vecinos. Al mismo tiempo se descubren las artes y las ciencias, pero tranquilamente y entre sombras. Se separan, por decirlo así, de los destinos humanos, no influyen en la suerte de los imperios, y desterradas entre una corte clase de ciudadanos, son mas bien un objeto de lujo y curiosidad, que un nuevo sentimiento entre las naciones.

De este modo se consolida todo á un mismo tiempo. Una balanza religiosa y política nivela todas las partes de la Europa. Nada se destruye en ellas: el mas pequeño Estado moderno puede lisonjarse de una duración igual á la de los imperios de Ciro y de los Césares. El cristianismo ha sido la grande áncora que fijó tantas naciones flotantes y detuvo en el puerto aquellos Estados que acaso se desharían si llegasen á romper el anillo comun con que los tiene unidos la religion.

Espaciando, pues, sobre los pueblos esta uniformidad, ó por mejor decir, esta monotonía de costumbres que las leyes imponían al antiguo Egipto, é imponen aun hoy á los indios y chinos, debió el cristianismo necesariamente menos vivos los colores de la historia. Estas virtudes generales de todos los tiempos y de todos los países, v. g. la humanidad, el pudor y la caridad, que ha sustituido el cristianismo á las dudosas virtudes políticas; estas virtudes, volvemos á decir, tienen tambien menos uso en el teatro del mundo. Como son verdaderas virtudes, buyen de la luz y del ruido; se nota entre los pueblos un cierto silencio en los negocios, que desconcierta al historiador. Guardémosnos bien de quejarnos; el hombre moral entre nosotros es muy superior al hombre moral de los antiguos. No ha pervertido á nuestra razon un culto abominable; no adoramos

monstruos; no anda la deshonestidad entre los cristianos con la cara descubierta; no tenemos gladiadores ni esclavos. No hace mucho tiempo que hasta la misma sangre nos causaba horror. ¡Ah! no enviémoslos á los romanos su Tácito, siempre que sea preciso compararlo por su Tiberio!

### CAPÍTULO III.

CONTINUACION DEL ANTERIOR.—CAUSA SEGUNDA: LOS ANTIGOS HAN APUROADO TODOS LOS GÉNEROS DE HISTORIA, Á EXCEPCION DE LA DEL GÉNERO CRISTIANO.

A esta primer causa de la inferioridad de nuestros historiadores, sacada del mismo fondo de las materias, es preciso añadir una segunda que corresponde al modo con que escribieron su historia los antiguos, los cuales habiendo agotado todos los colores, quedaria la historia oculta á los modernos, á no haber presentado el cristianismo un nuevo carácter de reflexiones y pensamientos.

Joven y brillante la historia en tiempo de Herodoto, puso á vista de la Grecia las sencillas pinturas del origen de la sociedad y de las primitivas costumbres de los hombres. Habia entonces la gran ventaja de escribir los anales de la fábula escribiendo los de la verdad, y obligacion de pintar, pero no de reflexionar; los vicios y virtudes de las naciones solo habian llegado á su edad poética.

A distintos tiempos diversas costumbres. Tucídides estuvo privado de las admirables pinturas de la cuna del mundo, pero entró en un campo de historia todavia inculco. Dibujó con viveza y severidad los malos ocasionados por las disensiones políticas, dejando á la posteridad unos ejemplos de que jamás se aprovecha.

Jenofonte descubrió por su parte un nuevo sendero. Sin ser pesado y sin desperdiciar nada la elegancia sálica, echó algunas piadosas ojeadas sobre el corazón humano y vino á ser el padre de la historia moral.

Colocado en un teatro mas grande y en un país donde solo se conocian dos géneros de elocuencia, la del *forum* y la de los tribunales, las trasportó Tito Livio á sus escritos, siendo este el orador de la historia, así como en ella fué Herodoto el poeta.

En fin, la corrupcion de los hombres y los execrables reinados de Tiberio y Neron hicieron nacer el último género de historia ó el género filosófico. Las causas de los acontecimientos que habia inquirido Herodoto entre los dioses, Tucídides en las constituciones políticas, Jenofonte en la moral y Tito Livio en la reunion de estas diversas causas, las vio Tácito en la malhad del corazón humano.

Por lo demás, no es porque brillen exclusivamente aquellos grandes historiadores en el género

que queremos atribuirles, sino porque nos parece ser el que domina en sus escritos. Entre los primitivos caracteres de la historia se hallan algunos maticos de que se aprovecharon los historiadores de clase inferior. De este modo se pone Polibio entre el político Tucídides y el filósofo Jenofonte; Salsutio toma á un mismo tiempo de Tácito y de Tito Livio; pero el primero le excede en la fuerza del pensamiento y el segundo en la hermosura de su narracion. Suetonio contó la anécdota sin reflexion y sin velo; Plutarco añadió á ella la moralidad; Velleio Patérculo enseñó á generalizar la historia sin desfigurarla; Floro hizo de ella un compendio filosófico; en fin, Diódoro de Sicilia, Trogo Pompeio, Dionisio de Halicarnaso, Cornelio Nepote, Quinto Curcio, Aurelio Victor, Amiano Marcelino, Justino, Eutropio y otros muchos que omitimos ó de quienes no nos acordamos, llegaron con la historia hasta los tiempos de los autores cristianos; época en que todo padeció mudanza en el espíritu y costumbres de los hombres.

No sucede con las verdades lo que con las ilusiones; estas son ingratas al paso que es muy limitado el círculo de las primeras: la poesía siempre es nueva porque el error nunca envejece, y esta es la causa de su gracia á los ojos de los hombres. Pero en la moral y en la historia se gira en el estrecho campo de la verdad; es preciso, de cualquier modo que sea, recrear en observaciones conocidas. ¿Qué camino histórico podrán tomar los modernos que no esté andado antes? Solo pueden imitar, pero en estas imitaciones concurren muchas causas que les impiden llegar á la perfeccion de sus modelos. En cuanto á la poesía, el origen de los Gatos, de los Teneteros y de los Mafiacos, no ofrecia cosa alguna de aquel brillante Olimpo, de aquellas ciudades edificadas al son de la lira, y de la encantadora infancia de los helenos y pelagosos: en cuanto á política, el gobierno feudal prohibia las grandes lecciones como elocuencia, no habia sino la de la cátedra; y en cuanto á la filosofía, no eran los pueblos aun tan degradados ni estaban tan corrompidos, que hubiese empezado á conceirse.

Sin embargo de esto imitaron con mas ó menos acierto. Bentivoglio en Italia dibujó á Tito Livio, y seria sin duda elocuente si no fuera tan afectado. Dávila, Guicciardini y fray Paolo tuvieron mas sencillez. Mariana en España descubrió buen talento; pero por desgracia este fogoso jesuita deshonró un género de literatura cuyo principal mérito es la imparcialidad. Hume, Robertson y Gibbon siguieron poco mas ó menos á Salsutio ó á Tácito; pero este último historiador ha producido dos hombres tan grandes como él, Macquavelo y Montesquieu.

Con todo, Tácito debe ser tomado por modelo, aunque con precaucion: menos inconveniente hay en aficionarse á Tito Livio. La elocuencia del primero le es muy peculiar para ser imitada

por cualquiera que no tenga su talento. Tácito, Maciavelo y Montesquieu formaron una escuela peligrosa, introduciendo palabras ambiciosas, frases secas, y modos de decir tan sencillos, que bajo una apariencia de brevedad se hacen oscuros y de mal gusto.

Dejemos pues este estilo á aquellos genios inmortales que por diversas causas han formado un género separado, género que ellos solos podían sostener y es peligroso imitar. Tengamos presente que los escritores de los bellos siglos literarios ignoraron esta afectada concisión de ideas y de lenguaje. Los pensamientos de Tito Livio y Bossuet son abundantes y están encadenados unos con otros; cada palabra entre ellos nace de la precedente y es la semilla de la siguiente. Los ríos grandes no corren á saltos, por intervalos ni en línea recta (si podemos valerlos de este símil), sino que llevan por largo espacio su canal de aguas, que se aumenta continuamente: son anchos sus raudales en las llanuras, abrazan en su circuito ciudades enteras y bosques, y descargan en el gran Océano unas masas de agua capaces de llenar sus abismos.

#### CAPITULO IV.

POR QUÉ RAZON LOS FRANCESES NO TIENEN MAS QUE MEMORIAS.

Otra de las cuestiones que miran enteramente á los franceses, es por qué no tenemos mas que memorias en lugar de historias, y por qué estas memorias son casi todas excelentes?

El francés ha sido en todos tiempos, aun en los de su barbarie, vano, inconstante y sociable. Reflexiona poco sobre el conjunto de los objetos; pero observa con curiosidad sus circunstancias y su ójeada es pronta, segura y sutil; necesita estar siempre sobre el teatro del que no puede desaparecer derepente, aun cuando obra como historiador. Las memorias le dan libertad para entregarse á su genio. Entoncez, sin dejar el teatro, cuenta sus observaciones, que son siempre delicadas y algunas veces profundas. Gusta decir: *Yo estaba allí, el rey me dijo,...* *Supe del príncipe,...* *Acoséme, pronostiqué el bien ó el mal.* Con esto queda satisfecho su amor propio, haciendo al lector ostentacion de su entendimiento; de forma que el mismo deseo que tiene de pasar por un pensador ingenioso, le conduce con frecuencia á pensar bien. Además, en este género de historia no está obligado á renunciar sus pasiones, de que con dificultad se desprende. Se contenta por tal ó tal causa, ó por esta ó aquella persona; á insultando á veces el partido opuesto y burlándose otras del suyo, ejercita á un mismo tiempo su venganza y su malicia.

Desde el señor Joinville hasta el cardenal de Retz, y desde las memorias del tiempo de la Liga hasta las del tiempo de la *Fronda*, se mani-

fiesta su carácter por todas partes y penetra hasta el *grave Sully*. Pero cuando se trata de pasar á la historia este arte de los pormenores, entonces todo padece mutacion y se pierden los ligeros matices en las grandes pinturas, como unas ligeras arrugas sobre la superficie del Océano. Precisados á generalizar nuestras observaciones, caemos en el espíritu de sistema. Por otra parte, no pudiendo hablar al descubierta de nosotros mismos, nos escondemos detrás de nuestros personajes. En las narraciones somos secos ó tímidos, porque charlamos mejor que contamos; en las reflexiones generales somos mezuquinos ó vulgares porque no conocemos bien sino al hombre de nuestra sociedad.<sup>1</sup>

Finalmente, la vida privada del francés es tal vez poco favorable al genio de la historia, por cuanto la tranquilidad del alma es comunmente necesaria al que quiere escribir con acierto acerca de los hombres. Viviendo sin familia ó separados de ella la mayor parte de nuestros literatos, y sufriendo en el mundo unas pasiones inquietas y unos días miserablemente consagrados á los sucesos del amor propio, se hallan á causa de sus costumbres en una contradiccion directa con lo serio de la historia. Esta costumbre de reducir á un círculo toda nuestra existencia, limita necesariamente nuestra vista y corta nuestras ideas. Teniendo muy á la vista una naturaleza de convencion, se nos esconde la verdadera naturaleza; apenas razonamos sobre esta sino á fuerza de talento y como por casualidad; y cuando llegamos á acertar, es menos un hecho de experiencia que una cosa pronosticada.

Concluamos, pues, que el poco acierto de los modernos en la historia se debe atribuir únicamente á la mutacion de los negocios humanos, á otro orden de cosas y de tiempos y á la dificultad de hallar nuevos caminos en la moral, en la política y en la filosofía; y en cuanto á los franceses, si por punto general no tienen mas que buenas memorias, se debe buscar el motivo de esta singularidad en su propio carácter.

Se ha querido atribuir esto á causas políticas, y se ha dicho que si la historia no se elevó entre nosotros á la altura que entre los antiguos, es porque su genio independiente ha estado siempre

1. No ignoramos que, todo esto padece sus excepciones y que se han distinguido algunos escritores franceses en la clase de historiadores. Haremos justicia á un mérito ahora mismo; pero nos parece injusto ponerlos al frente de otros y hacer ójecciones que no destruirán un hecho general. Si llegara este caso, qué juicios serian ciertos en la crítica? Las teorías generales no son de la naturaleza del hombre; lo verdadero mas puro solo está mezclado con algo de falso. La verdad humana es semejante al triángulo, que solo puede tener un ángulo recto, como si la naturaleza hubiese querido grabar una imagen de nuestra inconstante rectitud en la ciencia única que está entre nosotros reputada por cierta.

encadenado. Nos parece que esta asercion va directamente contra los hechos. En ningún tiempo y en ningún país, sea cual fuere su forma de gobierno, ha sido mas grande que en Francia la libertad de pensar, aun en tiempo de su monarquía. Se podrían citar sin duda algunos actos de opresion y algunas censuras rigorosas á injurias; pero no balanciarían el número de ejemplos contrarios. Abranse nuestras memorias y se hallarán en ellas á cada página las verdades mas duras y mas injuriosas contra los reyes, contra los nobles y contra los sacerdotes. El francés jamás se ha sujetado servilmente bajo el yugo; y siempre se ha indemnizado por la independencia de su opinion, de las trabas que le imponía el gobierno monárquico. Los *Cuentos de Babelais*, el tratado de la *Esclavitud voluntaria* de la Boétie, los *Ensayos* de Montaigne, la *Moral* de Charrou y las *Repúblicas* de Bodin, los escritos en favor de la Liga, el tratado en que Mearna se atreve á defender el regicidio, prueban bastante que no es solo hoy cuando se empieza examinarlo todo. Si fuera el título de ciudadano y no de vasallo el que formase exclusivamente un historiador, ¿por qué Tácito, Tito Livio, y entre nosotros el obispo de Meaux y Montesquieu, han dado sus lecciones severas bajo el imperio de los mas absolutos señores de la tierra? Sin duda que censurando lo malo y alabando lo bueno, no han creído que consistiese la libertad de escribir en censurar los gobiernos y comover la base de los deberes. Si hubieran hecho un uso tan malo de sus talentos, seguramente les habrían hecho callar Augusto, Trajano y Luis; pero esta especie de dependencia ¿no es mas un bien que un mal? Cuando Mr. Voltaire estuvo sujeto á una censura legitima, nos dió un *Carlos XII* y el *Siglo de Luis XII*; pero cuando rompió el freno de la obediencia no dió á luz sino el *Ensayo sobre las costumbres*. Hay verdades que son el origen de los mas grandes desórdenes, porque ponen en movimiento todas las pasiones; y sin embargo, á no cerrarnos la boca una legitima autoridad, son las que nos gusta revelar porque satisfacen á un mismo tiempo la malignidad de nuestros corazones corrompidos por la caída, y nuestra primitiva inclinacion á la verdad.

#### CAPITULO V.

LA HISTORIA MODERNA NO CARECE DE HERMOSURA.

Es muy justo considerar ahora el revés de las cosas, y manifestar que la historia moderna podría ser tal vez interesante, si la escribiera un talento superior. El establecimiento de los franceses en las Guaslas, Carlo Magno, las Cruzadas, la caballería, la batalla de Bouvines, el combate na-

1 Véase la nota 27 al fin de la obra.

val de Lepanto, un Conradino en Nápoles, un Enrique IV en Francia y un Carlos I en Inglaterra, forman, cuando menos, unas épocas memorables, costumbres singulares, sucesos famosos y catástrofes trágicas. Pero el grande objeto que debe ocupar al historiador moderno, es la mudanza que ocasionó el cristianismo en el orden social, porque dando nuevas bases á la moral, modificó el carácter de las naciones y crió en Europa hombres totalmente diferentes de los antiguos, por las opiniones, gobiernos, costumbres, usos, ciencias y artes.

Y ¿cuantos rasgos característicos no ofrecen las naciones modernas? Aquí se ven los germanos, pueblos en que la profunda corrupcion de los grandes no pudo influir jamás sobre los pequeños; donde la indiferencia de los primeros para con la patria no impidió á los segundos el amarla; en fin, pueblos donde el espíritu de revolucion y de fidelidad, de esclavitud y de independencia, no faltó jamás desde el tiempo de Tácito.

Allí están los industriosos batavos que tienen entremuchamiento por sentido común, ingenio por industria, virtudes por indiferencia y pasiones por razon.

La Italia con sus cien príncipes y sus magníficos recuerdos, contrasta con la Suiza, oscura y república.

La España, separada de las demás naciones, presenta al historiador un carácter mas original: la especie de estanco de costumbres en que reposa, la será tal vez útil algún día; y cuando los demás pueblos europeos estén contagiados de la corrupcion, ella sola podrá presentarse con brillantez en la escena del mundo, porque subsistirá en ella el fondo de las costumbres.

El pueblo inglés, como mezcla de la sangre alemana y francesa, descubre por todas partes su duplicado origen. Su gobierno, compuesto del monárquico y aristocrático, su religion, menos majestuosas que la católica y mas brillante que la lutera, su milicia tosca y activa á un mismo tiempo, su literatura y sus artes, y finalmente, su lenguaje, su fisonomía y hasta su misma figura corporal, todo participa de los dos principios de que dimana. Rema á la sencillez, á la calma, al buen sentido y á la lentitud germanica, la brillantez, la cólera, la sinrazon, y la viveza y elegancia del espíritu francés.

Los ingleses tienen el espíritu público y nosotros el honor nacional; nuestras bellas cualidades son mas bien dones del favor divino que frutos de una educacion política, y á manera de los semidioses, participamos menos de la tierra que del cielo.

Los franceses, hijos primogénitos de la antigüedad, son romanos en el genio y griegos en el carácter. Inquietos y mudables en la felicidad, constantes é invencibles en la adversidad, formados para todas las artes, civiliza los excesivamente durante la calma del Estado; groseros y salva-

jes en las revoluciones políticas, flotantes como navíos sin lastre, á disposición de todas las pasiones; tan pronto en los cielos como en los abismos; entusiastas del bien y del mal, haciendo el primero sin exigir reconocimiento; y el segundo sin sentir remordimientos; olvidados de sus delitos y virtudes; pusilánimes amantes de la vida durante la paz y pródigos de ella en las batallas; vanos, burleros, ambiciosos, y á veces rutíneros y novadores; despreciadores de todo á excepción de lo suyo mismo; individualmente los mas amables de los hombres, y en corporación los mas desagradables de todos; divertidos en su propio país é insoportables en el extraño; sucesivamente mas manos é inocentes que un cordero y mas crueles y feroces que un tigre: tales fueron los atenienses antiguos y tales son los franceses modernos.

De este modo, después de haber pesado las ventajas y daños de las historias modernas y antiguas, es preciso advertir al lector que aunque en general los historiadores antiguos son superiores á los modernos, esto esta verdad muchas excepciones. En obsequio del espíritu del cristianismo, vamos á mostrar que el espíritu francés en esta parte de literatura ha llegado á la misma perfección que en las demás.

## CAPITULO VI.

VOLTAIRE, HISTORIADOR.

“Voltaire, dice Mr. de Montesquieu, no formará jamás una buena historia; se parece á aquellos monges que no escriben para el asunto que tratan, sino para la gloria de su orden. Voltaire escribe para su convento.”

Este juicio, aplicado al Siglo de Luis XIV y á la Historia de Carlos XII, es demasiado riguroso, pero bastante arreglado por lo que mira al *Ensayo sobre las costumbres de las naciones*. Los dos nombres de Pascal y Bossuet infundían terror á los que combatían el cristianismo. Era, pues, necesario atacarlos y procurar destruir indirectamente su autoridad. De aquí provino la edición de Pascal con notas y el *Ensayo* que se pretende oponer al *Discurso sobre la historia universal*. El partido anti-religioso, sin embargo de ser tan hábil, jamás incurrió en un error tan grande, ni presentó mayor triunfo al cristianismo. “Cómo no advirtió Mr. Voltaire, teniendo tan buen gusto y un entendimiento tan arreglado, cuán peligroso era luchar contra un Bossuet y un Pascal? A él le sucedió en la historia lo que le sucede siempre en la poesía; esto

1 Una palabra que se le escapó á Voltaire en su *Correspondencia*, manifiesta la verdad histórica, y la intención con que escribió este *Ensayo*: “He puesto en ridículo los dos hemisferios; es golpe seguro.” Año 1754, *Corresp. gen.*, tom. V, pág. 94.

es, que cuando declama contra la religion, sus mas bellas páginas son las páginas cristianas, de lo que es buena prueba la pintura que hace de san Luis.

“Luis IX, dice Voltaire, parecía un príncipe destinado á reformar la Europa, si hubiera sido posible, y á hacer triunfante y culta á la Francia, y á ser en un todo el perfecto modelo de los hombres. Su piedad, ligada á la de un anacoreta, no omitió virtud alguna de rey. Una sabia economía no impidió nada su libertad. Supo concordar una política profunda con una justicia exacta, y es tal vez el único soberano que merece esta alabanza. Prudente y firme en el consejo, intrépido en los combates, sin arrelatarse, compasivo como el siemprevé hubiera sido desgraciado, no hay fueros en el hombre para rayar mas alto en la virtud. . . .”

“A cometido de la peste delante de Túnez. . . .”

“hizo que le echasen sobre la ceniza, y murió á la edad de cincuenta y cinco años, con la piedad de un religioso y con el valor de un hombre grande.”

En esta pintura tan excelente que promueve Voltaire, cuando habla de anacoreta, retratar se héroe? No se le puede disimular; pero notan cuán grande es su equivocación, porque el contraste de las virtudes religiosas con el de las virtudes guerreras, y el de la humildad cristiana con la grandeza real, es precisamente lo que hace aquí lo dramático y lo hermoso de la pintura.

El cristianismo realiza necesariamente el bello de las pinturas históricas, separando, por decirlo así, los personajes de la tela, y haciendo correr los colores vivos de las pasiones sobre un fondo tranquilo y dulce. Renunciar á su melancolía moral, sería renunciar al único nuevo medio de elocuencia que nos han dejado los antiguos. No dudamos que Voltaire hubiera desollado mas en la historia, si hubiese sido religioso: solo le falta la gravedad, y sin embargo de estas imperfecciones, es, después de Bossuet, el primer historiador de la Francia.

## CAPITULO VII.

FELIPE DE COMINES Y ROLLIN.

En un cristiano concurren eminentemente todas aquellas cualidades que un antiguo exige del historiador. . . . esto es, un buen sentido para las cosas del mundo y una expresión agradable.

Felipe de Comines, como escritor de vida, se parece particularmente á Plutarco; su sencillez es aun mas franca que la del biógrafo antiguo. Plutarco, por lo comun, no tiene mas que el buen carácter de ser sencillo; sigue con desembarazo

1 Lucian. *Cómo se debe escribir la historia*, tratado de Rasine.

un pensamiento, pero no es mas que un agradable impostor con rasgos ingenuos.

A la verdad, tiene mas instrucción que Comines; pero no obstante, el viejo señor Gault, sin otro auxilio que el Evangelio y la fe que tenia en los eremitas, dejó, á pesar de su ignorancia, algunas memorias llenas de doctrina. Entre los antiguos era preciso ser docto para escribir; pe o entre nosotros un mero cristiano, dedicado únicamente al estudio del amor de Dios, sabe componer un admirable volumen; por cuya razon dijo san Pablo: *El que sin caridad piensa ser ilustrado, nada sabe.*

Rollin es el Fenelon de la historia, y á su semejanza ha hermosado el Egipto y la Grecia. Los primeros volúmenes de la *Historia antigua* están llenos del genio de la antigüedad. La narración del virtuoso rector es copiosa, sencilla y tranquila, y eterneciendo el cristianismo su pluma, le añade algunas cosas que convienen las entrañas. Sus escritos descubren por todas partes aquel hombre de bien cuyo corazón es una fiesta continua, según la maravillosa expresión de la Escritura. No tenemos noticia de obra alguna que tranquilice al alma con mas dulzura. Rollin espació sobre los delitos de los hombres la calma de una conciencia limpia y la suave caridad de un apóstol de Jesucristo. . . . No veremos jamás renacer aquellos tiempos en que la educación de la juventud y la esperanza de la posteridad se confie á semejantes sujetos!

## CAPITULO VIII.

BOSSUET, HISTORIADOR.

En el *Discurso sobre la historia universal* es donde mas se puede conocer cuánto influye el genio del cristianismo en el genio de la historia. El obispo de Meaux es político como Tucídides, moral como Jenofonte, elocente como Tito Livio, tan profundo y tan gran pintor como Tácito. Tiene además de esto un estilo grave y un carácter sublime, de que no hay ejemplar sino en el admirable principio del libro de los Macabeos.

Bossuet no solamente es un historiador, sino un padre de la Iglesia, y un sacerdote inspirado, en cuya frente se ven de continuo rayos de fuego, como en la del legislador de los hebreos.

Qué examen hace de la tierra, á un tiempo se halla en muchos lugares. Patriarca bajo la palma de Tofel, ministro en la corte de Babilonia, sacerdote en Meánis, legislador en Esparta y ciudadano en Atenas y Roma, muda de tiempo y de sitio cuando quiere y pasa con la misma rapidez y majestad que pasan los siglos. Con la vara de la ley en la mano y con una autoridad increíble, echa indistintamente al sepulcro á los judíos y gentiles; viene finalmente en seguimiento del

convoy de tantas generaciones, y marchando apoyado en Isaías y Jeremías, levanta sus lamentaciones proféticas al través del polvo y de las ruinas del género humano.

La primera parte del *Discurso sobre la historia universal* es admirable por su narración; la segunda por la sublimidad del estilo sutil y metafísica de ideas, y la tercera por la profundidad de conocimientos morales y políticos. Hay por ventura en Tito Livio y Salustio, cuando tratan de los antiguos romanos, cosa alguna mas bella que estas palabras del obispo de Meaux?

“El fondo de un romano, por decirlo así, era “el amor de su libertad y de su patria; una de “estas cosas le hacía amar á la otra; porque “amando su libertad, amaba también á su patria “como á una madre que le educaba en los “timientos igualmente generosos que libres. “Bajo el nombre de libertad se figuraban los “romanos y griegos un estado en que nadie “tuviese sujeto sino á la ley y donde la ley “se mas poderosa que nadie, etc.”

El que nos oiga declamar contra la religion, creará tal vez que todo sacerdote es un esclavo, y que nadie antes de nosotros ha sabido razonar la dignamente acerca de la libertad: léase, pues, á Bossuet en el artículo de los Griegos y romanos.

“¿Quién mejor que el habló de los vicios y de las virtudes? ¿quién con mas exactitud gradó las cosas humanas? De cuando en cuando se le escapan algunos rasgos que no tienen modelo en la elocuencia antigua, y nacen del mismo genio del cristianismo. Por ejemplo, después de haber ponderado las pirámides de Egipto, añade: “Por mas esfuerzos que hagan los hombres, “recen por todas partes su nada. Estas pirámides eran unos sepulcros: aun los mismos reyes “que la erigieron no han podido enterrarse en “ellas ni disfrutar su sepultura.”

No se sabe qué es aquí lo mas sublime, si la grandeza del pensamiento ó la fuerza de la expresión. La palabra *disfrutar*, aplicada á un sepulcro, manifiesta á un mismo tiempo la vanidad de los faraones lúgubre depósito, la vanidad de nuestra existencia, que la erigieron, la rapidez de nuestra existencia, y finalmente, la increíble nada del hombre, que no pudiendo poseer en este mundo otro bien real que un sepulcro, aun se ve privado algunas veces de este triste patrimonio.

Tengamos presente que Tácito habló de las pirámides; pero toda su filosofía no le suministró cosa alguna que se acercase á la bella reflexión que inspiró la religion á Bossuet; influencia bien notable del genio del cristianismo en el pensamiento de un hombre grande.

El mejor retrato histórico de Tácito es el que hace de Tiberio; pero le oscurece el de Cromwel, porque Bossuet es tambien historiador en sus

1 *Discurso sobre la hist. universal*, III parte.

2 An., lib. II, 61.

1 Ecles., cap. 30, v. 27.

Oraciones fúnebres. ¿Qué diremos del grito de alegría que dió Tácito hablando de los bructos, que se degollaban á la vista de un campo romano? "Gracias á los dioses, tuvimos la satisfacción de mirar este combate sin mezclarnos en él. Como simples espectadores, vimos con admiración degollarse sesenta mil hombres para nuestro recreo. ¡Oh! qué las naciones enemigas nuestras se conservarían recíprocamente en sus corazones un odio eterno!" Oigamos ahora á Bossuet.

"Después del diluvio fué cuando aparecieron aquellos desoladores de las provincias llamados conquistadores, los cuales llevados de la gloria de mandar, acabaron con tantos inocentes. . . . Desde aquel tiempo acá juguetea la ambición sin límite alguno con la vida de los hombres, llegando á tal punto la locura, que se matan sin aborrecerse; el colmo de la gloria y la mas brillante de todas las artes ha sido la de destruirse recíprocamente unos á otros."<sup>1</sup>

Es difícil dejar de adorar á una religión que hace so diferencia tanto la moral de Bossuet de la de Tácito:

El historiador romano, después de haber contado que Thrasilo había pronosticando el imperio á Tiberio, añade: "A vista de estos y otros hechos, no sé si las cosas de la vida están. . . sujetas á las leyes de una inmutable necesidad ó si dependen únicamente de la casualidad."<sup>2</sup> A esto se siguen las opiniones de los filósofos, que refiere Tácito con gravedad, por las que se conocía daba crédito á las predicciones de los astrólogos.

La razón, la sana moral y la elocuencia nos parece están en favor del sacerdote cristiano.

"Este largo encadenamiento de causas particulares que hacen y deshacen los imperios, depende de las órdenes secretas de la divina Providencia. Desde lo mas alto de los cielos maneja Dios las riendas de los imperios y tiene todos los corazones en su mano. Unas veces refrena las pasiones; otras las afloja la brida, y de este modo camuñe á todo el género humano. . . . Conoce la sabiduría humana limitado da por todas partes; la ilustra dando extension á su vista y después la abandona á su ignorancia. La ciega, la precipita y la confunde por sí misma: ella se oscurece y se confunde con sus propias sutilezas, sirviéndola de lazo sus mismas precauciones. . . . Dios es el que prepara los efectos en las causas mas remotas y el que descarga aquellos terribles golpes cuyo rechazo se erigiera tan lejos. . . . Mas ¡ah, cuánto se engañan los hombres! Dios es el que cuando quiere, dirige el sentido extraviado; y aquel mismo que poco antes se burlaba de la

1 Tácito, *Costumbres de los germanos*, 33.

2 Discurso sobre la historia univ.

3 An., lib. VI, 22.

"cogedumbre de los otros, llega á caer en mas es-pañe finieblas, sin ser necesario otra cosa que "unas leyes prosperidades para trastornar del "todo su sentido."

¿Cuán poco vale la elocuencia de la antigüedad en comparacion de esta elocuencia cristiana!

## LIBRO CUARTO.

### ELOCUCENCIA.

#### CAPITULO I.

##### DEL CRISTIANISMO EN LA ELOCUCENCIA.

Suministra el cristianismo tantas pruebas de su excelencia, que cuando pensamos no haber mas que un asunto que tratar, se presenta otro de repente á nuestra pluma. Hablábamos de los filósofos, y he aquí á los oradores que vienen á preguntarnos si nos olvidamos de ellos. Razámámos acerca del cristianismo en las ciencias y la historia, cuando el mismo cristianismo nos llama ya para hacer notorio al mundo los mas grandes y conocidos efectos de la elocuencia. Los modernos deben á la religion católica aquel arte de discurrir, que, faltando á nuestra literatura, hubiera dado al genio antiguo una superioridad decidida sobre el nuestro. Este es uno de los grandes triunfos de nuestro culto; y por mas alabanzas que se tributen á Ciceron y Demóstenes, con todo, Massillon y Bossuet pueden sin recelo alguno compararse con ellos.

Los antiguos no conocieron mas elocuencia que la judicial y la política; pero la elocuencia moral, es decir, la elocuencia de todos los tiempos, de todos los gobiernos y de todos los países, no apareció sobre la tierra sino con la ley evangélica. Ciceron defiende á un cliente, Demóstenes combate á un antagonista, ó procura de nuevo encender el amor á la patria en un pueblo que habia degenerado: uno y otro saben solo como vencer las pasiones, y fundan todas sus esperanzas en la turbacion que aparecen sobre los corazones. La elocuencia del pulpito buscó su victoria en una region mas elevada. Solo pretende seducir combatiendo los movimientos del alma, y no se deja entender sino cuando pone en calma todas las pasiones. Dios y la caridad son su único texto, que es siempre el mismo y siempre inagotable. No necesita intrigas de partidos, contingencias populares ni grandes circunstancias para brillar. En la mas profunda paz y sobre el fíretro del mas oscuro ciudadano, hallará sentimientos muy sublimes; sabrá interesarse por una virtud ignorada, y hará derramar lágrimas

por un hombre de quien jamás se haya oído hablar. Como incapaz de miedo y de injusticia, da lecciones á los reyes sin insultarlos y consuela al pobre sin lisonjear sus vicios. Ni la política ni las demás cosas de la tierra la son desconocidas; pero aquellas que constituirían los primeros motivos de la elocuencia antigua, no son para ella sino unas razones secundarias; las ve desde las alturas en que domina, del mismo modo que una agüla reconoce desde la cumbre de la montaña los objetos que están en la llanura.

Lo que sobre todo distingue la elocuencia cristiana de la griega y romana, es esta *tristeza evangélica que es su alma*, ó segun la expresion de La Bruyere, esta majestuosa melancolía de que se alimenta. Se leen una ó dos veces los escritos de Ciceron sobre *Verres* y *Catilina*, y asimismo la oracion por la *Corona* y las *Filípicas* de Demóstenes; al paso que se meditan toda la vida y se leen noche y día las *Oraciones fúnebres* de Bossuet y los *Sermones* de Bourdaloue y de Massillon. Los discursos de los oradores cristianos son libros, pero los de los oradores de la antigüedad no son mas que discursos. ¡Con qué gusto tan maravilloso reflexionan los santos padres sobre las vanidades del mundo! "Toda vuestra vida, dicen, no es mas que un sueño de un dia, y sin embargo, lo empleáis en correr tras unas vanas lusiones. Aun cuando consigais llegar á los culmos de vuestros deseos, aunque goceis de los vuestros placeres y lleguéis á ser reyes, ó emperadores y dueños de toda la tierra, un momento después borrará la muerte todas estas cosas con la vuestra."

Este género de meditaciones, tan grave, tan solemne y tan naturalmente inclinado al sublime, ha sido totalmente desconocido de los oradores antiguos. Nos paganos se afanaban siguiendo las *sombras de la vida*; no sabian que la verdadera existencia empieza desde la muerte. Solo la religion cristiana fundó esta grande escuela del sepulcro, donde se instruye el apóstol del Evangelio, y solo ella no permite que se abandone el inmortal pensamiento del hombre á unas cosas momentáneas, como lo hacian los semi-sabios de la Grecia.

Por lo demás, la religion ha sido únicamente la que en todos los siglos y en todos los países descubrió el origen de la elocuencia. Si Ciceron y Demóstenes fueron grandes oradores, es porque ante todas cosas eran religiosos.<sup>1</sup> Los miembros de la convencion por el contrario, no ofrecieron mas que talentos truncados y harapos de elocuencia, porque atacaban la fe de sus pa-

1 Véase el discurso de Bossuet sobre el origen de la elocuencia.

2 Continúanme tienen el nombre de los dioses en la boca. Véase la apoteosis del primero á los dioses despojados por Verres, y la invocacion del segundo á los manes de los héroes de Maraton.

dras, impidiendo de este modo todas las inspiraciones del corazón.<sup>1</sup>

## CAPITULO II.

### DE LOS ORADORES: PADRES DE LA IGLESIA.

La elocuencia de los doctores de la Iglesia tiene, por decirlo así, una especie de gravedad, de fuerza y de majestad cuya autoridad es confunde y sujeta. Se conoce que su mision viene de arriba y que enseñan por órden expresa del Todopoderoso. En medio de estas inspiraciones siempre conserva su genio la calma y la dignidad.

San Ambrosio es el Fenelon de los padres de la Iglesia latina. Su estilo es florido, dulce y abundante, y á excepcion de algunos defectos propios de su siglo, la lectura de sus obras es tan agradable como instructiva; para convencerse de ello basta leer su *Tratado de la virginidad* y el *Elogio de los patriarcas*.

Cuando se nombra hoy algun santo, se figuran que seria un monge grosero y fanático entregado por su floqueza ó caracter á una ridicula supersticion. Sin embargo, san Agustín ofrece un cuadro muy diferente; se ve en él un hombre jóven, ardiente y lleno de espíritu que se entrega á sus pasiones; que agotando muy en breve todos los deleites y reflexionando que los amores de la tierra no podian llenar el vacío de su corazón, vuelve su alma inquieta hácia el cielo, y oye una voz interior que le dice habita allí aquella soberana hermosura por quien tanto suspiraba. Técale Dios al corazón, y este hombre mundano á quien el siglo no habia podido satisfacer, halla por fin el reposo y la plenitud de sus deseos en el seno de la religion.

Montaigne ó Housseau nos han dado sus Confesiones. El primero se ha burlado de la buena

1 No se diga que los franceses no habian tenido tiempo de ejercitarse en el nuevo artefacto á donde acababan de bajar: la elocuencia es un fruto de las revoluciones, en las cuales crece espontáneamente y sin cultivo. Los salvajes y los negros han hablado algunas veces tan bien como Demóstenes. Además de que no faltaban modelos, teniendo á mano las obras maestras del foro antiguo y las del foro sagrado, donde el orador cristiano explica la ley eterna. Cuando Mr. de Montesquieu hablaba en favor del clero en la asamblea constituyente, dijo: *Vosotros los señals de sus palacios, y se retirará á la cabesita del pobre que ellos alimentaron: quieris sus cruces de oro y tomarán una de madera. Una cruz de madera es la que salvó al mundo! Este hermoso sentimiento no fué inspirado seguramente por la demagogia, sino por la religion. En fin, Mr. Vergyriand no se elevó á la grande elocuencia en algunos pasajes de su discurso en favor de Luis XVI, sino porque el asunto le arrastró á la region de las ideas religiosas, á las pirámides, á los muertos, al silencio y á la sepultura.*

2 Ya hemos citado algunos pasajes de él.

fe de su lector; y el segundo reveló vergonzosas torpezas, proponiéndose, aun para el juicio de Dios, por modelo de virtud. En las Confesiones de san Agustín es donde se aprende á conocer al hombre como es en sí. No se confiesa el santo á la tierra, sino á Dios; nada oculta al que lo ve todo. Es un cristiano puesto de rodillas en el tribunal de la penitencia, que llora sus culpas y las desuava para que el médico aplique el remedio á la llaga. No temo fatigar con su narración á aquel de quien dices estas sublimes palabras: *Es paciente porque es eterno.* ¡Qué pintura tan magnífica nos hace del Dios á quien confesamos sus errores!

“Vos sois, dice, infinitamente grande, infinitamente bueno, infinitamente misericordioso ó infinitamente justo; vuestra hermosura es incomparable, vuestra fuerza irresistible y vuestro poder no tiene límites. Siempre en acción y siempre en reposo, sostenéis, llenáis y conserváis el universo; amáis sin pasión; sois como si no existierais; mudáis vuestras operaciones, pero nunca vuestras designios... Mas ¿qué es lo que os digo yo, ¡Dios mío! ni qué se puede decir hablando de vos?”

El mismo hombre que trazó esta brillante imagen del verdadero Dios, ya á hablaros ahora con la mas amable sencillez de los errores de su juventud.

“Salí finalmente para Cartago, á donde apenas llegué cuando me vi cercado de mil anores criminales que por todas partes se me presentaban... Me parecía insostenible un estado tranquilo, y no buscaba sino los caminos llenos de lazos y de precipicios.

“Ponia mi felicidad en amar y ser amado, porque se piensa hallar la vida en el objeto que se ama... En fin, me vi cogido en las redes en que deseaba caer; fui amado y poseí lo que amaba. Pero ¡oh Dios mío! vos me hicisteis entonces sentir vuestra bondad y misericordia, llenándome de amargura, porque en lugar de las dulzuras que me prometí, no experimenté sino celos, sospechas, temores, cóleras, riñas y furoras.”

El tono sencillo, triste y vivo de esta relación, la vuelta feliz hacia la Divinidad y la calma del cielo, en el momento mismo en que el santo parece mas agitado de las ilusiones de la tierra y de la memoria de los errores de su vida; aquella mezcla de disgustos y de arrepentimiento está llena de encantos. No sabemos si hay una palabra que exprese un sentimiento mas delicado que este: *Ponia mi felicidad en amar y ser amado, porque se piensa hallar la vida en el objeto que se ama.* El mismo san Agustín es el que dice esta expresión: *Una alma contemplativa hace de sí misma una soledad. La ciudad de Dios, las epístolas y algunos tratados del mismo santo, están llenos de semejantes pensamientos.*

San Gerónimo brilla sobre todo por una ima-

ginación vigorosa, que no habia podido apagar en sí mismo una inmensa erudición. La colección de sus cartas es uno de los monumentos mas curiosos de la literatura de los padres; pero del mismo modo que san Agustín, halló tambien su escollo en los deleites del mundo.

Gusta pintar la naturaleza y la soledad. Desde el fondo de su gruta de Bethleem veia la caída del imperio romano. ¡Qué asunto tan vasto de reflexiones para un santo anacoreta! De este modo tenia siempre presentes san Gerónimo la muerte y la vanidad de nuestra vida.

“Nos morimos y nos mudamos á cada instante, escribe á uno de sus amigos, y sin embargo, vivimos como si fuésemos inmortales. Hasta la el mismo tiempo que empleo en escribir es inútil, es preciso quitarlo de mi vida. No comunicamos con frecuencia, mi querido Heliodoro, á traviesan los mares nuestras cartas, y al mismo tiempo que huye el navío, pasa nuestra vida: cada ola la quita un momento.”

Así como san Ambrosio es el Felon de los padres, es Tertuliano el Bossuet. Una parte de su defensa en favor de la religion podía servir hoy en la misma causa. ¡Osa extraña! que el cristianismo se vea en la posición de defensor de delante de sus hijos, como se defendía antiguamente delante de sus verdugos, y que el *Apologético á los gentiles* se convierta en un *Apologético á los cristianos!*

Lo que mas admira en esta obra, es el descubrimiento que se hace del espíritu humano; se reconoce un orden nuevo de ideas, y no se dejan ya oír en ella la primera antigüedad ni la torpeza del hombre.

Tertuliano habla como un moderno; los asuntos de su elocuencia están tomados en el círculo de las verdades eternas, y no en las razones de pasión y de circunstancias, que se empleaban en las tribunas de Roma y en la plaza pública de Atenas. Los progresos del genio filosófico son en evidencia el fruto de nuestra religion. A no haberse dado por el pie á los filsofos dioses y establecido el verdadero culto, hubiera envejecido el hombre en una interminable infancia, porque permaneciendo siempre en el error acerca del primer principio, todas las demás nociones se presentarían mas ó menos del vicio fundamental.

Los demás tratados de Tertuliano, particularmente los de la *Paciencia*, *Espéctáculos*, *Mártires*, *Adornos de mujeres* y *Resurrección de la carne*, están sembrados de preciosos rasgos. “No sé, dice el orador reprendiendo el lujo de las mujeres cristianas, no sé si unas manos acostumbradas á los brazaletes podrán aguantar el peso de las cadenas, si unos pies adornados de cintas podrán acostumbrarse al dolor de los grillos; y me temo que una cabeza cubierta de

1 Hieron. Epis.

“encajes, perlas y diamantes, no deje lugar á la espada.”

Estas palabras dirigidas á unas mujeres conducidas todos los dias al cadalso, despiden crispas de valor y de fe.

Sentimos no poder citar por entero la excelentísima carta dirigida á los mártires, la cual nos sería mas interesante desde la persecucion de Robespierre: “Ilustres confesores de Jesu-risto, dice Tertuliano, un cristiano halla en la prision las mas deliciosas que hallaban los profetas en el desierto... No la llaméis ya calabozo, sino soledad. Cuando reside el alma en el cielo, no siente el cuerpo el peso de las cadenas, porque lleva consigo á todo el hombre.”

Este último rasgo es sublime. Bossuet ha tomado del sacerdote de Cartago este pasaje tan terrible y admirable: “Nuestra carne muda pronto de naturaleza y nuestro cuerpo toma otro nombre, *el de cadáver*, dice Tertuliano; porque nos presenta un alguna forma humana que no conserva mucho tiempo, viniendo á quedar un no sé qué que no tiene nombre en ninguna lengua; tan cierto es que todo muere en él, y que desaparecen hasta las términos fúnebres por los cuales se expresan sus desgraciados restos.”

Tertuliano era muy sabio, aunque se tenia por ignorante, y se hallan en sus escritos relaciones circunstanciadas de la vida privada de los romanos que en vano se buscarian en otra parte. Lo que únicamente deshonra las obras de este grande orador, es la frecuencia de barbarismos y de latinidad africana. Usa de la declamacion y su gusto no es siempre seguro. “El estilo de Tertuliano es de hierro, decía Balzac; pero debemos confesar que con este hierro forjó armas excelentes.”

Segun Lactancio, llamado el Ciceron cristiano, san Cipriano es el primer padre docto de la Iglesia latina. Pero san Cipriano imita casi en todo á Tertuliano, debilitando igualmente los defectos y primores de su modelo. Este es el parecer de Mr. de la Harpe, cuya autoridad nos parece de algun peso como critica.

Entre los padres de la Iglesia griega, solo dos son muy elocuentes, san Crisóstomo y san Basilio. Las homilias del primero sobre la Muerte y sobre la Desgracia de Eutropo, son obras maestras. El estilo de san Crisóstomo es puro, pero trabajoso y la fatiga á imitación de Isócrates; por cuya causa Libanio le destinaba su cátedra de retórica antes de hacerse cristiano este jóven orador. San Basilio, aunque con mas sencillez,

1 *Locum spatium non det*, se puede traducir, no sé qué hijo la espada; he preferido el otro sentido como mas literal y enérgico. *Spatha*, tomado del griego, es la etimología de nuestra palabra *espada*.

2 Oracion fúnebre de la duquesa de Orleans.

3 Véase la nota 25 al fin de la obra.

tiene menos elevacion que san Crisóstomo. Se oye siempre á un tono místico y en la paráfrasis de la Escritura. San Gregorio Nacianceno llamado el teólogo, además de sus obras en prosa, nos ha dejado algunos poemas sobre los misterios del cristianismo.

“Vivia siempre en la soledad de Arizano, que era su pais nativo, dice Fleury; un jardín, una fuente y unos árboles que le servian de cubierta, eran sus únicas delicias. Ayunaba y oraba con abundantes lágrimas... Estas santas poesías fueron la ocupacion de san Gregorio en su último retiro: en él compuso la historia de su vida y de sus trabajos... Ora, enseña, explica los misterios y da reglas para las costumbres... Haria dar á los aficionados á la poesia y música asuntos útiles para divertirse y no dejar á los paganos la ventaja de creer fusion los únicos que adelantaban en las bellas letras.”

Finalmente san Bernardo, á quien se llamaba el último de los padres antes que apareciese Bossuet, que es un gran entendimiento una doctrina muy vasta; sobre todo tiro acertado para pintar las costumbres y tomó algo del genio de Teofrasto y de La Bruyere.

“El orgulloso, dice, tiene la voz alta y un silencio rabioso; es desahogado en la alegría, fatigado en la tristeza, deshonesto en lo interior y modesto en lo exterior, tosco en su proceder, agrio en sus respuestas fuerte siempre en el ataque y débil en la defensa, cede de mala gana y es importuno para conseguir; no hace lo que puede y debe hacer, pero está pronto para hacer lo que no puede ni debe.”

No olvidemos aquella especie de fenómeno del siglo XIII, esto es, el libro de la *Imitación de Cristo*, como un monge, encerrado en su claustro, ha podido adquirir aquella medida en la expresión y aquel conocimiento fino del hombre, en un siglo en que eran grosseras las pasiones y mucho mas el gusto: quien le habrá revelado en la soledad aquellos misterios del corazon y de la elocuencia? Un solo maestro: Jesucristo.

### CAPITULO III.

MASSILLON.

Si pasamos ahora algunos siglos en blanco, llegaremos al de unos oradores cuyos nombres solamente incomodan á cierta clase de gentes, porque conocen tan todos sus sofismas no pueden destruir la autoridad que llevan consigo Bossuet,

1 Escribió una carta famosa sobre la soledad, que es la primera de sus epístolas, y sirvió de cimiento á su religion.

2 Tenia un hijo de su mismo nombre y de igual santidad.

3 Fleury, Hist. Eccles., tom. IV, lib. 19, p. 537, esp. 9.

4 *De Moribus*, lib. XXIV, cap. 16.

Penelon, Massillon, Bourdaloue, Flechier, Mascaron y el abate Poulle.

Nos es muy sensible correr rápidamente sobre tantas riquezas y no poder detenernos en cada uno de esos oradores; pero qué elección podemos hacer en medio de tantos tesoros? ¿Cómo podremos citar a los lectores las maravillas que los son desconocidas? No abultaremos demasiado estas páginas si estampamos en ellas las lustras pruebas de la belleza del cristianismo? En efecto, por lo mismo no emplearemos todas nuestras armas ni abataremos de nuestras montañas, por miedo de que estrochando demasiado la evidencia, precipitemos en la obstinación á los enemigos del cristianismo, que es el último refugio del temerario espíritu de soñama.

Por tanto, ni Fenelon, tan suave y lleno de unión en las meditaciones cristianas, nos servirá de apoyo á nuestros razonamientos, ni tampoco Bourdaloue, fuerza y victoria de la doctrina evangélica. No haremos uso tampoco de las sabias composiciones de Flechier, ni de la brillante imaginación del último de los oradores cristianos, el abate Poulle. ¡Oh religión sagrada! ¿cuántos han sido tus triunfos! ¿quién podría dudar de tu belleza cuando Fenelon y Bossuet ocupaban sus cátedras y cuando Bourdaloue instrúa con una voz majestuosa á un monarca dichoso entonces, y para quien en sus desgracias reservaba el cielo misericordioso al dios Massillon!

No solo tiene el obispo de Clermont aquella ternura de genio que le es tan propia, sino que se dejaba también percibir en el unido noble y vigoroso. Nos parece se ha exagerado con demasiada exclusión su *pequeña cuarentena*, en la que sin duda alguna manifiesta el autor un conocimiento grande del corazón humano, una penetración delicada de los vicios de las cortes, y unas moralidades escritas con una elegancia que no excluye la sencillez; pero en algunos sermones suyos, como son v. g. sobre la *muerle*, sobre la *impenitencia final*, sobre el *certo número de los escogidos*, sobre la *muerle del pecador*, sobre la *necesidad de la vida futura* y sobre la *pasión de Jesucristo*, se nota ciertamente una elocuencia mas vasta, un estilo mas vigoroso, unos movimientos mas patéticos y unos pensamientos mas profundos. Leed, por ejemplo, esta pintura del pecador moribundo:

«Finalmente, en medio de estos tristes esfuerzos, me quedan fijos sus ojos, se mudan sus acciones, se desfigura su rostro, y su boca echa «se entrecubre por sí misma; todo su espíritu se estrechese, y por último esfuerzo se arranca sin «aluna con sentimiento de su cuerpo de barro y «se halla sola al pié del formidable tribunal.»<sup>1</sup>

Añadid al cuadro del hombre impío en la muerte, el de las cosas del mundo en su nada.

«Mirad al mundo segun lo habeis visto en

<sup>1</sup> Mas. Advant. Muerle del pecador, primera parte.

«vuestros primeros años y segun lo veis hoy; «una nueva corte ha sucedido á la que habia en «vuestro tiempo; han subido á la escena unos «nuevos personajes, y unos nuevos actores han «representado sus papeles: hay nuevos sucesos, «nuevas intrigas, nuevas pasiones y nuevos héroes, tanto en la virtud como en el vicio, los «cuales son el asunto de las alabanzas, de las «burlas y de las censuras públicas. Nada subsiste, todo se muda, todo se consume, y todo «se acaba: solo Dios permanece siempre el mismo. El torrente de los tiempos, que arrastra «todos los siglos, corre delante de sus ojos y re «con indignación á los débiles mortales llevados «de esta corriente rápida, que le insultan al pasar.»

El ejemplo de la vanidad de las cosas humanas, tomado del siglo de Luis XIV, que acababa de fenecer (y citado tal vez delante de unos ancianos que habian sido testigos de toda su gloria), es bastante patético. La última palabra del período parece sacada de Bossuet, por lo franco y sublime que es á un mismo tiempo.

Pondremos tambien un ejemplo de aquel sólido género de elocuencia que se pretende negar á Massillon, no hablando mas que de su abundancia y dulzura. Por esta vez pondremos un pasaje en que el orador dejando su estilo favorito, es decir, el sentimiento y las imágenes, toma solo el de un simple argumentador. En su sermón sobre la *verdad de una vida futura*, estrecha así al incrédulo:

«¿Qué tendré que decir si todo muere con «nosotros, los cuidados del nombre y de la posteridad serán frívolos; el honor que se tributa «á la memoria de los hombres ilustres será un error pueril, porque es cosa ridícula honrar «lo que no hay; el culto de los sepulcros será «una ilusión vulgar; las cenizas de nuestros padres y amigos serán un polvo ví, que se deberá ochar al aire como una cosa que á nadie pertenece; las últimas disposiciones de los moribundos, tan sagradas aun entre los pueblos «mas bárbaros, serán el último sonido de una máquina que se disuelve; y por decirlo de una «palabra, si todo muere con nosotros, serán las leyes una insensata esclavitud, los reyes y los «gobernantes serán para nosotros unos fantasmas «elevados por la necesidad de los pueblos; la justicia será una usurpación de la libertad de los «hombres; la ley de los matrimonios un escríbulo vano; el pudor una mera preocupación; el honor y la probidad una quimera; los incestos, «los parricidios y las perfidias abominables, unos juegos de la naturaleza y unos nombres inventados por la política de los legisladores.

«Ved aquí á lo que está reducida la sublime filosofía de los impíos, y ved aquí aquella fuerza, aquella razon y aquella sabiduría que eternamente nos están ponderando. Si asientis á sus máximas, todo el mundo caerá de nuevo

«en un espantoso caos; todo quedará confundido «do sobre la tierra; todas las ideas del vicio y de «la virtud quedarán trastornadas; desaparecerán las leyes mas inviolables de la sociedad; «dará desahogado el gobierno de los Estados «y de los imperios; caerá por tierra toda la armonía de los cuerpos políticos; no será el género humano sino una asamblea de insensatos, «bárbaros, impostores é inhumanos, que no conocen mas ley que la fuerza, mas freno que «sus pasiones y el miedo de la autoridad, mas «lazo que la irreligion é independencia, ni mas «dioses que á sí mismos. Ved aquí el mundo «de los impíos. Si os agrada este plan de «pública, formad, si podeis, una sociedad de «los hombres monstruosos, y en tal caso, lo único «co que nos resta decir es que merecéis ocupar «por un lugar en ella.»

Compárese á Ciceron con Massillon y á Bossuet con Demóstenes, y se hallará siempre entre su respectiva elocuencia las diferencias que dejamos dichas, á saber, en los oradores cristianos un orden mas general de ideas, un conocimiento mas profundo del corazón humano, un enlace mas claro de razonamientos, en fin, una elocuencia religiosa y melancólica, ignorada de los antiguos.

Massillon compuso algunas oraciones fúnebres, pero son inferiores á los demás discursos suyos. Su elogio de Luis XIV no tiene cosa particular sino la primera frase: *¡Solo Dios es grande, hermanos míos!* Esta palabra es bastante expresiva pronunciada al tiempo de mirar el féretro de Luis el Grande!

#### CAPITULO IV.

##### BOSSUET ORADOR.

Pero ¿qué diremos de Bossuet como orador? ¿con quién lo compararemos? ¿qué discursos de Ciceron y de Demóstenes dejarán de eclipsarse á vista de sus *Oraciones fúnebres*? Parece se escribieron para el orador cristiano estas palabras de un rey: *El oro y las perlas son bastante comunes, pero los labios de un sabio son un vaso raro y sin precio.* Como si estuviese siempre Bossuet ocupado en la idea del sepulcro ó inclinado sobre los abismos de la otra vida, va dejando caer de su boca aquellas grandes palabras *tiempo y muerte*, que resonan en la profundidad silenciosa de la eternidad. Se sumerge y anega en unas increíbles tristezas y en unos inexplicables dolores. Aun resuena en los corazones (sin embargo de haber pasado un siglo) aquel famoso grito: *Madama se muere, ya murió Madama.* No han oído nunca los reyes semejantes lecciones,

ni la filosofía se explicó jamás con tanta independencia! Nada sirve la diadema á los ojos del orador, en cuyo concepto es el pobre igual al monarca, y el potentado mas absoluto del globo se ve precisado á oír decir en presencia de un millón de testigos, que todas sus grandezas no son mas que vanidad, su poder un sueño y él un poco de polvo.

Tres cosas se suceden continuamente en los discursos de Bossuet: el rasgo de ingenio y de elocuencia; las citas tan conformes al texto, que parecen una misma cosa, y la penetración y reflexión sobre las causas del suceso referido. Aun en las discusiones de la mas profunda metafísica y de la teología mas sublime, aparece tanta claridad esta lumbrera de la Iglesia, que nada deja en tinieblas. El obispo de Meaux erió una longa que nadie habia sido él, y por lo comun aludáramos mas sencillez, la idea mas elevada, la expresión mas común y la imágen mas terrible, sirven, como en la Escritura, para proporcionarse dimensiones enormes é admirables.

A este modo, cuando dice mostrando el féretro de Madama: *¡Vedla aquí, sin embargo de su gran oratoria, á esta princesa tan admirada y querida! mirad en qué disposición nos la pone la muerte!* ¿Por qué os hace temblar esta sencilla expresión, en qué disposición nos la pone la muerte? Sin duda es por la oposición que se halla entre las expresiones de *gran corazón*, de *princesa tan admirada*, y este inevitable accidente de la muerte que la sucedió como á la mujer mas miserable; y porque el verbo *poner*, aplicado á la muerte que lo *descompone* todo, produce una contradicción en las palabras y un choque en los pensamientos que commueven toda el alma, como si para pintar este suceso tan desventurado hubiesen mudado de sentido las expresiones y se hubiese trastornado el lenguaje como el corazón. Tenemos observado que á excepcion de Pascal, Bossuet, Massillon y La Fontaine, los escritores del siglo de Luis XIV, como que no han vivido en retiros, ignoraron esta especie de sentimientos melancólicos de que se hace en el día tan extraño abuso.

Pero ¿cómo el obispo de Meaux, en medio de las pompas de Versalles, conoció tan profundamente esta especie de desvarío? Porque halló la soledad en medio de la religión, porque su cuerpo estaba en el mundo y su espíritu en el desierto y porque habia puesto su corazón al abrigo en los tabernáculos secretos del Señor; y así es, como él dice hablando de Maria Teresa en unas increíbles tristezas y en unos inexplicables dolores. Aun resuena en los corazones (sin embargo de haber pasado un siglo) aquel famoso grito: *Madama se muere, ya murió Madama.* No han oído nunca los reyes semejantes lecciones,

Las Oraciones fúnebres de Bossuet, aunque no todas tienen igual mérito, son no obstante su-

<sup>1</sup> Véase la nota 29 al fin de la obra.

<sup>2</sup> Prov., cap. 20, v. 15.

blimes por algun lado. La de la reina de Inglaterra es una obra perfecta por el estilo y un modelo de escritos filosóficos y políticos.

La de la duquesa de Orleans es la mas asombrosa de todas, porque es una oracion peculiar del genio. No se pinta en ella las inquietudes de las naciones ni los descubrimientos de los negocios públicos que sostienen la voz del orador.

El interés que puede inspirar una princesa, que muere en la flor de su edad, parece de corta duración. Todo el asunto se limita á ciertas suposiciones vulgares acerca de la hermosura, de la juventud, de la grandeza y de la muerte; y sin embargo, sobre este fondo tan estéril es sobre el que edificó Bossnet uno de los mas hermosos monumentos de la elocuencia y de donde sacó los materiales para mostrar la miseria del hombre por lo que hace á su mortalidad, y su grandeza por lo que toca á su inmortalidad. Principia haciéndola mas pequeña que uno de los gusanos que la roen en el sepulcro, para pintarla después gloriosa con la virtud en los reinos incorruptibles.

En la oración fúnebre de la princesa Palatina se sabe con qué destreza bajó, sin ofender la majestad del arte oratoria, hasta interpretar sencillamente un sueño, al mismo tiempo que despliega en este mismo discurso su alta capacidad para las abstracciones filosóficas.

Si en las oraciones de María Teresa y del canciller de Francia no se notan los movimientos de los primeros elogios, las ideas del panegirista están tomadas acaso en un círculo menos ancho y en una naturaleza menos profunda. "Al presentarte, dice, estas dos almas piadosas (Lamoignon y Mignol Le Tellier), poseídas en la tierra del deseo de hacer reinar las leyes, contemplan juntas claramente las leyes eternas de donde se derivan las nuestras; y si alguna ligera señal de nuestras débiles distinciones se percibe todavía en una vision tan sencilla y tan clara, adoran á Dios como origen del orden y de la justicia."

Al par de esta teología, cuantos géneros de pensamientos, ó sublimes ó graciosos, ó tristes ó agradables no se perciben en él? Ve la pintura que hace de la Fronde: "La monarquía como movida hasta los cimientos, la guerra civil y extranjera, el fuego por dentro y por fuera, . . . "Se descarga el cielo algunas veces por medio de estas tempestades; . . . ó por mejor decir, era una especie de dolor lo que padecía la Francia cuando estaba próxima á producir el milagroso reinado de Luis!" Se ofrecen reflexiones sobre la fusión de las amistades de la tierra, que desaparecen con los años y los intereses, y sobre la profunda oscuridad del corazón del hombre, que nunca sabe lo que quiere, ni aun casi lo que quiere, y que no es menos reservado ni falaz para sí mismo que para los demás.<sup>1</sup>

1 Orac. fúneb. de Ana de Gonz.

2 Ibid.

3 Orac. fúneb. de Mar. Ter. de Aust.

Pero suena la trompeta y se deja ver Gustavo. Presentase á la Polonia sorprendida y vendida, como un leon que tiene la presa entre sus garras dispuesto á hacerla pedazos. "Qué se hizo de aquella formidable caballería, acostumbrada á caer sobre el enemigo con la velocidad del águila? ¿Dónde están aquellas almas guerreras, aquellas hachas de armas tan ponderadas y aquellos arcos que jamás se tiraban en vano? Ya no son tan ligeros los caballos ni tan diestros los hombres sino para huir delante del vencedor."<sup>2</sup>

Paso mas adelante, y resuena en mi oído la voz de un profeta. "Es acaso Isaias ó Jeremias quien dirige la palabra á la isla de la Conferencia y á las pompas nupciales de Luis?"

"Fiestas sagradas, matrimonio feliz, velo nupcial, bendición, sacrificio, quído yo mezclar hoy vuestras ceremonias y pompas con los pompas fúnebres y el corno de las grandezas con sus ruinas?"

El poeta (permitásenos dar á Bossnet este título que es la gloria de David) continúa hablando sin tocar la cuerda inspirada; pero bajando su lira al tono en que Salomon cantaba los rollos del monte Galaad, suspira estas apacibles palabras: "En la soledad de Santa Pará, tan alejada de los caminos del siglo como su feliz situación la tiene separada de todo comercio mundano, en esta santa montaña que mil años antes había escogido Dios, donde de las esposas de Jesucristo hacían revivir la perfeccion de los tiempos antiguos; donde eran desconocidas las alegrías de la tierra; donde no se reconocian las huellas de los hombres del mundo ni de los deseos y vagamundos, eran felices los principios de la princesa Ana, bajo la conducta de la parábola que sabia dar la leche á los santos y el pan á los robustos."<sup>3</sup>

Esta página, que se podía decir sacada del libro de Ruth, no apuró el pincel de Bossnet; así me quedaba bastante porción de este antiguo y dulce color para pintar una muerte dichosa. "Miguel Le Tellier, dice, comenzó el himno de las divinas misericordias: MISERICORDIAS DOMINI IN AETERNUM CANTABO, cantaré eternamente las misericordias del Señor. Merece diciendo estas palabras, y continúa con los ángeles el sagrado cántico."

Por algun tiempo estuvimos en la persuasión que la oración fúnebre del principe de Condé era generalmente demasiado alabada, á excepcion del movimiento que la termina; nos parecia era mas fácil, como lo es en efecto, llegar á las formas de la elocuencia del principio de este elogio, que á las de la oración de madama Enríqueta; pero cuando leímos este discurso con atención; cuando vimos al orador que, aplicando á su boca la trom-

1 Oracion fúneb. de Ana de Gonz.

2 Orac. fúneb. de Mar. Ter. de Aust.

3 Orac. fúneb. de Ana de Gonz.

pa épica en la mitad de su relacion, tocaba un canto de Homero; cuando retirándose á Chantilly con Aquiles tranquilo, entra de nuevo en el tono evangélico y vuelve á encontrar los grandes pensamientos y los desiguos cristianos que llenan las primeras oraciones fúnebres; cuando después de poner el fúerco á Condé, llama á los pueblos, á los principes, á los prelados y á los guerreros al estímulo del héroe; en fin, cuando avanzándose con sus bellanos cabellos hace oír los acentos de un cisne, manifiesta á Bossnet un pie en la sepultura y el siglo de Luis, cuyos funerales quiere representar, próximo á abismarse en la eternidad; á este último esfuerzo de la elocuencia humana, derramaron nuestros ojos lágrimas de admiracion y se nos cayó el libro de las manos.

## CAPITULO V.

LA INCREUDULIDAD ES LA CAUSA PRINCIPAL DE LA DECADENCIA DEL GUSTO Y DEL INGENIO.

Lo que dejamos dicho hasta aqui puede muy bien haber encaminado al lector á la reflexion de que la incredulidad es la causa principal de la decadencia del gusto y del ingenio. Cuando no se creyó nada en Atenas ni en Roma, desaparecieron los talentos con los dioses, y las musas entregaron entonces á la barbarie á los que tenían fe en ellas.

En un siglo ilustrado no se podía creer hasta qué punto las buenas costumbres dependen del buen gusto, y de las buenas costumbres. Las obras de Racine, manifestándose mas puras á proporción que el autor se manifiesta mas religioso, terminan finalmente en Atalia. Al contrario, veréis que la impiedad y el genio de Mr. Voltaire se descubren á un mismo tiempo en sus escritos, con una mezcla de cosas exquisitas y odiosas. El mal gusto, cuando es incorregible, es una falsedad del juicio y un sesgo natural en las ideas; y como el espíritu obra sobre el corazón, es difícil sean derechos los caminos del segundo cuando no lo son los del primero. El que ama la fealdad, en un tiempo en que el modelo de mil obras maestras pueden enseñar y realizar el gusto, no está muy distante de amar el vicio, y cualquiera que se hinculle á la hermosura, podrá muy bien desconocer la virtud.

Todo escritor que rehusa creer en un Dios autor del universo y juez de los hombres cuyas almas hizo inmortales, destierra al instante lo infinito de sus obras. Encierra su pensamiento en un círculo pantanoso y sucio del que no puede salir. Nada ve que sea noble en la naturaleza; todo se obra en ella por unos impuros medios de corrupcion y de regeneracion. El abismo no es mas que un poco de agua betuminosa; las montañas son unas pequeñas protuberancias de piedras calcáreas ó vitrificables; y el cielo, donde prepara el día una inmensa soledad, como para servir de

campo al ejército de astros que la noche conduce allí con silencio, no es mas que una estrecha bóveda colgada momentaneamente por la mano caprichosa de la casualidad.

Si el inerédulo se halla tan limitado en las cosas de la naturaleza, cómo podrá pintar al hombre con elocuencia? No tiene abundancia de palabras y le están cerrados para siempre los tesoros de la expresion. Contemplado en el fondo de un sepulcro á un cadáver, estarán de la nada, en vuelto en una mortaja; éste es el hombre del ateo! Feto nacido del cuerpo impuro de la mujer, inferior á los animales en el instinto, como ellos, y convirtiéndose tambien como ellos en polvo; que no tiene pasiones, sino apatitos; que no obedece á las leyes morales, sino á los resortes físicos, y que no ve delante de sí por único fin sino sepulcros y gusanos; tal es el ser que se decia animado de un soplo immortal. No nos habléis de los misterios del alma, del secreto encanto de la virtud, de las gracias de la infancia, de los amores de la juventud, de la noble amistad, de la elevacion de pensamientos, de los embeloses de los sepulcros de la patria; porque todos estos hechizos quedan destruidos.

La incredulidad introduce necesariamente el espíritu razonador, las definiciones abstractas, el estilo científico acompañado del neologismo, cosas todas mortales para el gusto y la elocuencia.

Es muy fácil que la porcion de talentos distribuidos á los autores del siglo XVIII sea igual á la que recibieron los escritores del siglo XVII. ¿Por qué, pues, el segundo siglo es inferior al primero? Porque no se puede disimular que los autores de nuestra edad han sido colocados por lo general demasiado alto. Si hay tanto que reprochar, como es cierto, en las obras de Rousseau y Voltaire, ¿qué se podrá decir de las de Raynal y Diderot? Es verdad que se ha ponderado con mucha razon el método de nuestros últimos metafísicos; pero se debía tener presente que hay dos suertes de claridades: la una clara como se expresa un orden vulgar de ideas (un lugar común se expresa un pensamiento grande y complicado. Los guájarras que están en el fondo de un arroyuelo se perciben con facilidad, porque el agua no está profunda; pero el ámbar, el coral y las perlas llaman el ojo del buzo á unas inmensas profundidades, bajo las transparentes ondas del abismo.

Si nuestro siglo literario es inferior al de Luis XIV, no busquemos mas causa que nuestra irreligion. Ya dejamos dicho cuanto hubiera gana-

1 Concedemos esto en fuerza del argumento, aunque estamos muy distantes de creerlo. Pascal y Bossnet, Moliere y La Fontaine son cuatro hombres enteramente incomparables y que no tendrán rival igual. Si no incluímos en este número á Racine, es porque tiene un rival en Virgilio.

2 Véase la nota 30 al fin de la obra.



do Voltaire en ser cristiano, en cuyo caso disputaría hoy á Racine la palma de las musas. Sus obras habrían tomado aquel lustre moral sin el cual no hay cosa perfecta; se hallarían también en ellas aquellas preciosas memorias del tiempo antiguo, de cuya ausencia forma en ellas un gran vacío. El que llega á negar el Dios de su país, es casi siempre un hombre que no respeta la memoria de sus padres; no halla interés alguno en los sepulcros, y las instituciones de sus abuelos le parecen unas costumbres bárbaras. No encuentra placer en recordarse las sentencias, sabiduría y gustos de su madre.

Sin embargo de esto, no se puede negar que la mayor parte del genio se compone de esta especie de recuerdos: lo mejor que un autor puede estar en un libro, son las sensaciones que le recuerdan los primeros años de su juventud. Voltaire quebrantó estas reglas críticas; aunque tan dulce, burlándose continuamente de las costumbres y leyes de nuestros antepasados. ¿En qué consiste que desagrada á un inerte niño aquello mismo que embelosa á los demás mortales?

La religión es el mas poderoso motivo del amor de la patria, y los escritores piadosos han separado siempre en sus escritos este noble sentimiento. ¡Con qué respeto y magnífica opinion hablan siempre de la Francia los escritores del siglo de Luis XIV! ¡Infeliz de aquel que insulta á su país! ¡Cuánse la patria de ser ingrata antes que nos cansemos de amarla; sea nuestro corazón mas grande que sus injusticias.

Si el hombre religioso ama á su patria es porque tiene un espíritu sencillo y porque los sentimientos naturales que nos inclinan á los campos de nuestros abuelos, son como el fondo y la disposición de su corazón. Extiende la mano á sus padres y á sus hijos; está plantado en el suelo nativo como el tronco de una encina que no debajo de sí sus viejas raíces metidas en la tierra, y en la cima unas yemas tiernas que suben hacia el cielo.

Mr. Rousseau es uno de los escritores del siglo XVIII en cuyo estilo se nota mas encanto, porque este hombre, extravagante con intento, tenía á lo menos una sombra de religión. Creía alguna cosa que no era *Jesucristo* pero sí el *Evangelio*; sin embargo, esta fantasma de cristianismo tal cual era, suministró muchas gracias á su genio. ¡Cuanto mejor le hubiera sido si este hombre que tanto declamó contra los sofistas, haberes entregado á toda la ternura de su alma y no perderse como ellos en unos vanos sistemas, con los que solo consiguió resucitar errores antiguos!

Nada faltaría á Mr. Buffon si tuviera tanta sensibilidad como elocuencia. Extraña advertencia que debemos hacer á cada instante, y que por mas que le repitamos sin intermisión, nunca sabremos convencer demasiado de ella al

siglo: *Sin religion no hay sensibilidad.* Mr. Buffon sorprende con su estilo, pero raras veces excita á la ternura. Leed el admirable artículo del perro: en él pinta todos los perros, el de caza, el de ganado, el salvaje, el perro gran señor, el señorito, etc. Pero aquí perro es el que le falta? el perro del ciego. Y este es precisamente el perro de que se hubiera acordado el cristiano.

Aunque en lo general se ocultaron á Mr. Buffon las relaciones tiernas, es preciso hacer justicia á este gran pintor de la naturaleza, cuyo estilo es de una rara perfección. Para guardar bien las proporciones y para no ser jamás alto ni bajo con demasía, es menester observar una medida exacta en el espíritu y en la conducta. Mr. Buffon se sabe que respaldaba todo lo que se debe respetar. No creía que la filosofía consistiese en publicar la incredulidad y en insultar los altares de veinticuatro millones de almas. Era ajustado en los deberes de cristiano, y dala de ello ejemplo á sus criados. Rousseau se cifia á lo principal, y despreciando las formas del culto, muestra en sus escritos la ternura de la religión con el perverso tono de los sofistas: Buffon al contrario, tiene la aridez de la filosofía con el decoro debido á la religión. El cristianismo puso en el estilo del primero el encanto, el abandono y el amor, y en el del segundo el orden, la claridad y la magnificencia. De este modo las obras de estos dos hombres tan célebres traen consigo, en el bien y en el mal, la señal de lo que han escogido ó desechado con respecto á la religión.

Quando nombramos á Mr. Montesquieu, recordamos el verdadero hombre grande del siglo XVIII. *El Espíritu de las leyes* y las *Consideraciones sobre las causas de la grandeza y decadencia de los romanos*, subsistirá por largo tiempo como la lengua en que están escritas. Si Montesquieu, en una obra de su juventud, dejó por desgracia caer sobre la religión algunos rasgos que dirigia contra nuestras costumbres, no fué mas que un error pasajero y una especie de tributo pagado á la corrupción de la reñencia.<sup>1</sup> Pero en el libro que le colocó en el número de los hombres ilustres, reparó magníficamente sus faltas haciendo un elogio del culto que habia tenido la imprudencia de atacar. La madurez de sus años y el interés mismo de su gloria le hicieron conocer que para elevar un monumento durable, era preciso abrir los diámetros en un suelo menos movedizo que el polvo del mundo; y su genio, que abrazaba todas las edades, se apoyó sobre la sola religión á quien están prometidos todos los tiempos.

Resulta, pues, de todas nuestras observaciones, que casi todos los defectos de los escritores del siglo XVIII consisten únicamente en un falaz sistema de filosofía, y que si hubiesen sido

<sup>1</sup> Véase la nota 31 al fin de la obra.

mas religiosos, se hubieran acercado mas á la perfección.

Se ha notado en nuestro siglo (aunque con alguna excepcion una especie de aborto general de talentos; se podia decir que la impiedad, que todo lo esteriliza, se manifiesta tambien por una especie de pobreza de la naturaleza física. Echad la vista sobre las generaciones que sucedieron inmediatamente al siglo de Luis XIV. ¿Dónde están aquellos hombres de figuras apacibles y majestuosas, de un porte y vestido noble, lenguaje puro, aire guerrero, conquistador ó inspirado de las artes? Se buscan y no se encuentran. Unos pocos bajos los altos pórticos de los monumentos de otra edad. Respiran sobre su dura frente el eguismo y el desprecio de Dios; han perdido la nobleza del carácter y la pureza del lenguaje. Se les puede tener no por hijos, sino por bufones de la grande raza que los ha precedido.

Los discípulos de la nueva escuela marchaban la imaginación con una especie de verdad que no es la verdadera. El estilo de estos hombres es árido, su expresion sin franqueza y su imaginación sin amor y sin fuego. No tienen unción, ni abundancia, ni sencillez. No se halla en sus obras cosa alguna sólida ni completa; tampoco se ve en ellas la inmensidad, porque les falta la divinidad. En lugar de aquella suave religión y de aquel armonioso instrumento que empleaban los escritores del siglo de Luis XIV para encontrar el tono de su elocuencia, los autores modernos se valen de una estrecha filosofía que va dividiendo y subdividiendo todo, midiendo á compás los sentimientos, sujetando á cálculo hasta la misma alma, y reduciendo al universo, incluso á Dios, á una pasajera sustracción de la vida.

Por esta razon el siglo XVIII se disminuyó fuertemente en la perspectiva, mientras que el siglo XVII se aumenta á proporcion que nos alejamos de él: el uno de ellos se baja y el otro sube hasta los cielos. Por mas que se quiera deprimir el genio de Bossuet y de Racine, tendrá siempre la suerte de aquella figura grande de Hamero que se percibe detrás de todas las edades: algun otra vez se halla oscurecida con el polvo que levanta un siglo al pasar; pero desde el momento que se disipa la nube, aparece de nuevo la majestuosa figura que se aumentó para dominar las nuevas ruinas.<sup>1</sup>

## LIBRO QUINTO.

ARMONIA DE LA RELIGION CRISTIANA CON LAS ESCENAS DE LA NATURALEZA Y LAS PASIONES DEL CORAZON HUMANO.

### CAPITULO I.

#### DIVISION DE LAS ARMONÍAS.

Antes de pasar á la descripción del culto, nos resta examinar algunos asuntos que no pudimos desentrañar en los libros precedentes. Estos asuntos corresponden á la parte física ó moral de las artes. De este modo las situaciones de los monasterios religiosos, etc., pertenecen á la parte material de la arquitectura, al paso que los efectos de la doctrina cristiana, con las pasiones del corazón del hombre y los cuadros de la naturaleza, entran en la parte dramática y descriptiva de la poesia.

Tales son las cosas que remitimos en este libro bajo el título general de *armonías*, etc.

### CAPITULO II

ARMONÍAS FÍSICAS.—SITIOS DE LOS MONUMENTOS RELIGIOSOS, CONVENTOS MARONITAS, COPTOS, ETC.

Hay en las cosas humanas dos especies de naturalezas, colocadas la una al principio de la sociedad y la otra al fin. A no ser así, alejándose siempre el hombre de su origen, llegaría á ser una especie de monstruo; pero por una ley de la Providencia, cuanto mas se civiliza mas se acerca á su primer estado; y así sucede que la ciencia en su mayor elevacion es la ignorancia y que las artes perfectas son la naturaleza.

La última naturaleza ó la naturaleza de la sociedad, es la mas hermosa; su genio es el instinto y su virtud la inocencia, porque el genio y la virtud del hombre civilizado no son mas que el instinto y la inocencia del salvaje perfeccionados. Nadie, pues, puede comparar un indio del Canadá con Sócrates, aunque el primero llegase á ser, hablando en rigor, tan moral como el segundo: de lo contrario, sería preciso decir que la paz de las pasiones dormidas en un niño tiene la misma excelencia que la paz de las pasiones dormidas en el hombre; que el ser puramente sensitivo es igual al ser pensador, lo cual sería lo mismo que decir que la debilidad es tan bella como la fuerza. Un lago pequeño no arruina sus orillas ni lo admira nadie; su impotencia constituye su reposo; pero se aprecia la calma en el mar porque tiene el poder de las tempestades, y se admira el silencio de las concauidades del abismo porque sale de la misma profundidad de las aguas.

<sup>1</sup> Véase la nota 33 al fin de la obra.